



SALVADOR ROSA.

6

LA VOCAÇION.

—Doña Julia ha vuelto en fin, Salvadorcillo, dijo una tarde del mes agosto de 1621 el señor Antonio Rosa, al poner el pie en el umbral de la *loggia* de su *cassaccia*, situada en la alta colina de Renella cerca de Nápoles.

No sé hijos míos, si habeis observado algunas veces el diseño de esas casas italianas, antiguas moradas feudales, en otro tiempo habitadas por grandes señores, príncipes y un pueblo de lacayos, y hoy arruinadas, grandes y feas en su desnudez, llamadas por esta causa *cassaccia*, lo que quiere decir un feo caseron, y abrigando solamente todavía en el resto de sus habitaciones destruidas, una pobre familia de artesanos. Por la parte exterior delantera de estas casas, hay un peristilo abierto

25

donde la parra, la yedra, la vid y la olorosa enredadera suben enlazadas por las columnas, entre las cuales se estiende el mas magnífico paisaje. En este lugar delicioso llamado *loggia* soportal, se reúne la familia luego que ha pasado el calor del día.

Aquella tarde la señora Julia estaba sentada hilando entre sus dos hijas jóvenes, Estrella y Peruetta, que estaban haciendo calceta, mas sin embargo ni el canto ni la cháchara de las jóvenes alcanzaba á distraerlas de su preocupacion; era, pues, preciso que el motivo que las tenia silenciosas fuese muy penoso, cuando Peruetta, la mas risueña de las napolitanas, se enjugaba furtivamente una lágrima que sus grandes ojos azules con dificultad retenian, y que se deslizaba lentamente á lo largo de sus megillas frescas como la rosa.

La llegada de Antonio Rosa hizo que las tres mugeres levantasen la cabeza, mas la madre solo respondió con un gran suspiro.

—No, amigo mio, nuestro hijo no ha vuelto todavía.

Al punto continuó en su trabajo.

—¡No! por Baco, esta es la primera vez que ese nene permanece tanto tiempo fuera, replicó el señor Antonio, soltando un saeo lleno de sus útiles de agrimensor, y sentándose incomodado sobre un banco de mármol colocado á la entrada del soportal, cruzó sus brazos silbando el canto de una barquerola; lo que quiere decir que el señor Victor Antonio Rosa estaba de muy mal humor, y que Salvadorcillo, á su vuelta á la casa tendria que pasar un rato bien malo.

—¿Por qué, en fin, volvió él á decir, no ha parecido desde ayer por la mañana..... no es verdad, Doña Julia? Doña Julia, quieres hacerme el favor de contestar?..... Estrella..... Peruetta..... vive Dios! os habeis convertido en estatuas? Qué, os reis, cantais y haceis ordinariamente mas estrépito vosotras solas que un ejército de viejas vecinas, y basta que os pida que hableis para que..... A las mil maravillas.... vereis que no tardaré en verme precisado á ir á buscar una rama de fresno para ayudaros á volver á hallar la palabra.

—¡Virgen Santa, Antonio, dijo la señora Julia, que ruido metes!..... bien! si se os ha dicho cien veces, Salvadorcillo no ha vuelto desde ayer por la mañana.

—Hijo rebelde y desobediente, exclamó Antonio, quisiera para castigarlo que hubiese caido en algun precipicio..... ó...

—Nosotros quedaríamos mucho mas castigados que él, dijo la señora Julia, dejando su rueca para tomar su rosario que estaba pendiente de su cinturón al lado opuesto, y santiguándose devotamente.

—Es cierto á fé mia, respondió el viejo Rosa, mas tambien á donde puede haber ido ese diablillo?

—Quién sabe? dijeron las tres mugeres á la par, y como si cada una se hubiese comunicado su pensamiento, volvieron la vista hácia la rica campiña que se ofrecia á sus ojos. Sus miradas inquietas vagaban á la ventura desde el agreste monte Santelmo, alta roca aislada, coronada por la terrible fortaleza que lleva su nombre, hasta las risueñas colinas de San Martin.

Hubo todavia un momento de silencio; la señora Julia hilaba y rezaba; las jóvenes hacian su labor con una rapidez notable, y Antonio Rosa las miraba silbando suavemente, cuando no pudiendo contener mas su impaciencia, se acercó á su familia é interpelló por segunda vez á su muger.

—Ciertamente, señora Julia, el hilo que sale de vuestros dedos hace las mas bella tela del mundo, nadie entiende tanto como vos de preparar unos macarrones, ó escabechar un poco de atun; sois el modelo de las mugeres casadas, mas no os ocupais bastante de Salvadorcillo, nuestro único hijo que se marchó ayer mañana sin que sepais á donde ha ido.

Os acordais del dia en que nació? yo estaba sentado á vuestro lado; el chico dormia sobre vuestro seno; que os dije, Julia? Tenemos un hijo, muger mia, qué haremos de él?

—Lo que Dios quiera y la Virgen Santísima, te respondí, Rosa.

—Y yo añadí: sea, Julia; mas solo deseo una sola cosa, y es que mi hijo no sea pintor ni artista.

—Y yo te respondí, como inspirada, dediquémosle á la iglesia, Rosa.

—Y nos ocupamos de su bautismo, Julia.

—Y le buscamos un nombre excelente.

—Y nos decidimos por el de Salvador, muger mia.

—Quizás ha ido á estudiar la leccion de matemáticas, que le fuerzas á que aprenda.

—Mas bien anda recorriendo el campo, como un vagamundo, como un perezoso,.... que es, replicó Rosa.....Se distrae en medio de las rocas, en las cavernas; no hay mucho tiempo que tu comadre Loretta lo ha sorprendido en éstasis en el templo arruinado de Apolo Pitio: el otro dia, Pedro el pescador, le ha visto recorriendo el asilo de las Sibylas; en fin se le encuentra por todas partes, á ese diablillo, escepto en su casa.

—Pero, dijo Estrella interrumpiendo su obra, Salvadorcillo habrá tal vez ido á casa de mi tio Pablo.

—Nada de eso, dijo el padre; al volver de Nápoles, he pasado por la calle Seggio del nido, he preguntado á Pablo sino habia visto al nenè, me ha dicho que no; en efecto, qué habria ido á hacer en casa de Pablo Greca?

—Verle, trabajar en sus cuadros; sabes Rosa, el gusto de Salvadorcillo por la pintura, dijo Julia.

:

—Si, y lo que yo se mejor todavia, es que no se medra mucho con vuestra pintura; sirva de ejemplo tu pobre hermano Pablo Greca, que se muere de hambre en su tienda en medio de sus paletas y sus pinceles.

—Tal vez consistirá eso en la poca habilidad de mi hermano.

—O por culpa de la pintura, señora Julia. Es como la gloria una ingrata...

—Decid, para los que no tienen talento, amigo mio.

—Mamá, interrumpió de pronto Peruetta, mirad, mirad.

Y el dedo de la jóven, estendido hácia adelante, señalaba un objeto en el fondo del paisaje; todas las miradas se dirigieron á aquel lado; pronto en el desfiladero cortado en las rocas, del *Monte Doncelle*, que conduce al soberbio convento de Borgo Renella, fundado en el siglo catorce por Carlos, hijo de Roberto de Aragon, rey de Nápoles, y entre los altos abetos que se cruzan en las quebraduras de aquellas rocas, se divisó un niño conducido por un fraile. Se iban acercando: un segundo grito de Peruetta prueba que no se habia engañado, era el *Padre Cercatore* del convento de Renella con Salvadorcillo.

—Miserable niño! fue el saludo que Antonio Rosa dirigió á su hijo.

—Sentaos, padre mio, dijo Julia al fraile; quereis refrescar?

Las dos jóvenes rodearon á Salvadorcillo, que con semblante confuso, vergonzoso, tenia su cabeza baja de manera que los numero sos rizos de su negra cabellera le ocultaban la cara.

—Aqui teneis á vuestro hijo, señora Julia, dijo el padre Cercatore reusando el asiento que á una señal de su muger, Rosa, le habia presentado; uno de nuestros religiosos, volviendo de la peregrinacion lo ha encontrado dormido debajo de las ramas de un arbol seco, con la cabeza apoyada sobre un trozo de lava en medio de las tierras incultas de la Solfatara. Os le traigo, merece ser castigado por las inquietudes que sin duda os ha causado con su escapatoria.... Gracias, señor Rosa, me es imposible detenerme mas, es preciso que yo regrese al convento. A mas ver, señora Julia, Señor Rosa; hasta mañana Salvadorcillo, lo entiendes, hasta mañana, y que no te ocurra faltar á la hora del Catecismo. Buenas noches mis graciosas señoritas.

Este adios dirigido á las jóvenes, terminó el discurso del padre Cercatore, que salió del soportal, y volvió á tomar el camino del convento.

—Ahora nos toca á los dos, Salvadorcillo, dijo el señor Rosa, dirigiéndose hácia su hijo.

—Perdon, perdon! exclamaron las dos hermanas, estendiendo hácia su padre sus brazos suplicantes. Se perdió, nos lo acaba de decir al oido, padre mio, mi querido padrecito! no le volverá á suceder.

—Ya, ya, bien, bien, gritó Antonio, las oís chillar á esas chicas, porque se quiere corregir un poco á su hermano? ehl por vida del Dios Baco les menester por tanto que le haga conocer bien su culpa.... he sufrido mucho desde ayer por la mañana; y su madre tambien, y tu tambien sobre todo, Peruetta, no te he visto llorar esta tarde?...

—Tú has llorado, pobrecita! exclamó Salvadorcillo, abrazando á su hermana; oh! perdona, perdona hermana, te haya asustado.

—Y yo, pues, niño, y tu madre, crees que no nos hemos sobresaltado?

—Pues bien, pido á todos perdon, dijo el niño juntando las manos en ademan suplicante á presencia de toda su familia, que formaba un grupo; mas el paisaje era tan hermoso, tan variado, mientras mas andaba veia cosas mas bellas! á fé mia, padre mio, que te he de decir? caminaba, siempre, siempre; me decia: todavia esta colina, este valle, aquellas rocas; y después pasemos aquel arroyo; y ademas ¿qué es lo que podrá haber detras de aquel bosque? en una palabra, me extravié, me sorprendió el sueño, y aseguro que me quedé muy admirado de despertar esta mañana, no sé donde.

—Y has aprendido á lo menos tu leccion de matemáticas? le preguntó el padre.

—La he olvidado, dijo Salvadorcillo, bajando los ojos.

—He ahí por lo que serás castigado, señorito, replicó la señora Julia, quedarás hasta el domingo encerrado en la gran sala alta, á pan y agua; ahí, estudiarás quizás. Anda al instante, marcha. Estrella, vé á encerrar á tu hermano, y tráeme la llave de la sala.

—Estrella, dijo Salvadorcillo en voz baja, tráeme unos carboncillos.

—Todavía? Salvadorcillo, en verdad, tu gastas mas carbon sobre las paredes, que mi madre en la hornilla.

—Silencio pues, Estrella, y haz lo que te digo, replicó el niño yendo dócilmente á encerrarse en una gran sala sin muebles, ruínosa, donde no habia mas que un gergon de paja de avena en un rincon.

El domingo siguiente, la señora Julia, queriendo anunciar ella misma á su hijo un perdon, que hacia dos dias se sentia dispuesta á conceder, y que solo retardaba por consideracion, fué seguida de sus hijas, á la sala que le servia de prision.

Apenas hubo abierto la puerta, cuando la admiracion y el asombro la detubieron en la entrada.

Salvadorcillo dormia tranquilamente sobre su gergon; no era esto lo que causaba la sorpresa de las tres mugeres, sino la especie de tapicería que adornaba las paredes de estuco de la sala, y que habia sido improvisada hacia dos dias.

Poco mas ó menos á la altura de un niño de diez años que levanta los brazos, estaba un pintarrajo negro, que de pronto era imposible comprender; mas examinándolo un momento, lo que hicieron su madre y sus dos hermanas, no tardaron en distinguir perfectamente el monte Vesuvio, arrojando llamas con el mar á sus pies y la ciudad de Nápoles retratándose mas lejos, despues la encantadora ciudad de Baia con sus colinas, sus bosques y sus montañas: en otra parte de la sala se veian las risueñas colinas de San Martín y las rocas doradas del palacio monacal de la Certosa, resplandeciendo en medio de los bosques de castaños, y los festones de las vides que formaban guirnaldas en el aire; en fin era un panorama de vistas encantadoras y del mas risueño aspecto.

—Santísimo Sacramento! exclamó la señora Julia, cuando la sorpresa la permitió usar de la palabra.

—Cosa sorprendente! repitieron las señoritas encantadas.

—Todo es en vano, dijo la señora Julia, meneando la cabeza, este niño nunca será mas que un artista.

—Es una cosa muy bella ser artista, dijo Estrella al oido de su hermana.

—Sí, sobre todo, cuando tiene las facciones de Francanzin, dijo Peruetta en el mismo tono.

Estrella le puso el dedo en la boca á su hermana, y se puso colorada.

—Salvadorcillo, dijo la señora Julia, inclinándose hácia su hijo, levántate, es ya hora.

A las primeras palabras de su madre, el chico se habia sentado en la cama, y se frotaba los ojos, espantado.

—No estas ya enfadada, mamá, dijo uniendo las manos una contra otra ¡ah! no estas enfadada, es verdad?

—No, querido hijo, respondió la buena madre dándole un beso en la frente; no, porque tu has sido suficientemente castigado, has debido aburrirte mucho.

—Yo, dijo Salvadorcillo, con gran sencillez; nunca en mi vida me he divertido tanto.

—Acaso alguna de tus hermanas te habrá abierto la puerta? exclamó la señora Julia tratando de ponerse otra vez seria; ó Estrella habrá olvidado la llave?

—Aunque hubiese dejado la llave en la puerta, y dejado tambien toda la puerta cuan grande es abierta, os lo juro, madre mia, no hubiera pensado en irme: mirad, pues, esas perspectivas, esos paisajes, ved ese volcan; no arroja realmente llamas? yo veo el fuego, y la lava, y la ceniza de lo mas alto. Y despues esos castaños; no reina ahí cierta frescura? oh! yo querria estar en ellos. Querida mamá, no es posible aburrirse cuando se tienen algunos carbones.

—¿Qué! es con carbon? exclamó la madre.

—Y cómo hubiera yo podido reproducir mis paisages favoritos, puesto que no soy tan feliz que tenga un pincel, como mi tío Greca, y colores, ó á lo menos un miserable lapiz?

—Es cierto que es un oficio, que saca del él tanto provecho mi pobre hermano, que tienes razon en envidiarle sus pinceles! dijo la señora Julia.

—Lo creo bien, mamá, nada hace que tenga semejanza.

—Que sabes tú, rapacillo?

—Ciertamente, lo veo bien, mamá, en su último cuadro de bosque, todos los árboles son celestes ¿hay acaso árboles celestes? y despues aquellas aguas.... jamás una góndola podrá navegar en aquellas aguas... veras las mias, mamá, mis árboles, y mis personajes.....

—Nada de esos pensamientos, Salvadorcillo, replicó su madre amenazando con el dedo, sabes bien que tu padre no quiere que llegues á ser artista, quiere que seas agrimenor como él.

—Es como si mi padre quisiese que yo tubiera los cabellos rubios, dijo Salvador, pasando sus manos por sus hermosos cabellos negros.

—De todas maneras, Salvadorillo, tu no serás jamas un buen artista, eres muy perezoso y muy vagamundo.

—Soy perezoso, mamá, porque el griego me fastidia, la historia me desagrada, el latin me encocóra; pero si soy vagamundo es para ver paises nuevos y dibujarlos sobre las paredes, si supieses, mamá que bueno es representar lo que se ha visto: esta sala que estaba tan fea hace dos dias está soberbia hoy.

—Soberbia! dijo la señora Julia, cuando será preciso que mis hijas y yo pasemos el dia de mañana lavando las paredes.

—Lavarlas! exclamó Salvadorcillo; borrar mi obra ¡ah! bien se conoce madre mia, que no amais las artes.

—Pero amo mi deber, amo tambien el tuyo obedeciendo ante todo á tu padre. No faltes sobre todo á la cita que el buen religioso te ha dado para esta mañana, á fin de que te instruyas en la religion. Hé aqui mi devocionario, vé á esperarme en la Cartuja.

Salvadorcillo salió de la sala para obedecer, mas por mala suerte el devocionario de su madre se hallaba en una mesa junto á una cajilla de lápices; el niño tomó el devocionario, y despues lo soltó para mirar la caja de los lápices. Sin embargo recordando la órden de su madre, dejó la caja para recoger el devocionario; despues este fué reemplazado segunda vez por la caja: en resúmen, uno y otra se sucedieron con tanta frecuencia y rapidez, que al llegar al convento de Borgo

Renella quedó admirado, os lo aseguro, de hallarse con la caja de los lápices entre las manos.

Entonces la iglesia estaba desierta, cada sacerdote ocupado en cumplir su penitencia, no se dejaba ver; el pueblo que la campana no había llamado todavía, se mantenía fuera esperando la señal de la oración; Salvadorcillo se encontraba allí enteramente solo.

En medio de aquel silencio solemne, que los lugares con elevación y bóvedas hacen siempre más imponente: atravesando aquellos claustros magníficos, que las artes han consagrado á la religión, el niño Salvador Rosa se sintió como inspirado; la historia sagrada que se le enseñaba todas las mañanas se presentó á su imaginación, y esta una vez acalorada, parecióle ver los hechos de cada uno de los personajes de la antigüedad; Abraam sacrificando á su hijo; Agar muriendo de sed en el desierto con su hijo; Jacob bendiciendo á los suyos: insensiblemente su caja se abrió, su mano se hundió dentro de ella, se armó de un pedazo de lápiz, y sin pensar ni en el lugar sagrado en que se hallaba, ni en el motivo piadoso que allí le había conducido, se encontró dibujando los grandes personajes que su imaginación creaba entre los espacios de las columnas, que el oro y el ultramar no habían cubierto.

De los perfiles pasó muy pronto á las sombras y entonces la cabecita se extravió completamente; en pie, encendido, y afanoso estaba trabajando allí, con el mismo ardor que después empleó en la composición de su *Saul*, de su *Demócrito*, de su *Agar* en el *desierto*, poco á poco la iglesia se llenaba de fieles acostumbrados á acudir á los oficios de la misa, y el murmullo que acompaña ordinariamente la multitud, el arrastrar de los zapatos con clavos sobre el mármol, el crugido de la arena debajo de los pies, la remoción de las sillas que se daban unas contra otras, el rumor de las gentes que se saludaban al encontrarse, nada podía distraer su atención; no veía más que su asunto, solo oía á su genio apuntándole al oído el medio de animar sus personajes, cuando de improviso, ó desgracia! la puerta de la sacristía se abre y el prior saliendo del coro con su séquito se adelanta procesionalmente á lo largo de los claustros.

A la vista de un niño en pie arrimado á una columna tiznada de negro, llenando de pintarrajos aquellos muros sagrados que el *Españoleto* y *Carracio* se habrían venagloriado de decorar y para cuyo embellecimiento el gran *Lafranco* y el *Dominiquin* más grande todavía, rivalizaban encarnizadamente, los religiosos se detubieron estupefactos, con una mirada se interrogan, se interpelan y comprenden; y antes que el artista malhadado haya podido sospechar su proyecto, antes que los haya visto solamente, se sintió cogido, volteado, despojado de

sus vestidos, y azotado en buena forma. Sus lamentos imploraban la piedad, mas los padres, no viendo mas que una temeridad sacrilega en una accion en que realmente no habia mas que olvido, niñería, ignorancia del pecado que cometia no por eso cesaron en su terrible castigo.

Salvadorcillo fue llevado á la casa de sus padres mas enfermo de furor, de rabia, de vergüenza, que de los golpes que habia recibido, y de los cuales sin embargo conservó mucho tiempo las señales. Juró vengarse, y apesar de los ruegos de su madre solo aguardaba su restablecimiento para poner en ejecucion sus burlas en que no dejaba de pensar en aquel momento.

Por otra parte, los religiosos enfurecidos no dejaban sus quejas contra aquel atentado enorme, de suerte que los padres de Salvadorcillo se vieron precisados á quitarle de aquella Cartuja para ponerle en uno de los seminarios de Nápoles; consiguieron procurarle la proteccion de los reverendos padres de la congregacion *Somesca* y se decidieron á enviarle su hijo.

Esto así, una hermosa mañana del mes de setiembre, se vieron bajar por la cuesta de Renella dos individuos que se dirigian hácia Nápoles.

Sin dejar de caminar hácia Nápoles, Salvadorcillo vuelve sus miradas á Renella y á lo alto de la colina; por entre los negros alamos que la denominan, el jóven distingue todavia la vieja casa con sus chimeneas almenadas; bajo el pórtico rodeado de parras, ve todavia á su madre, con su cofia blanca como la nieve, sus hermanas y los brillantes alfileres que sujetan sus negros cabellos. Las dice un último Adios con las manos, las envia un último beso y sigue su camino.

La distancia que separa á Renella de Nápoles no es larga; despues de dos horas de marcha nuestros viajeros entraban en la ciudad. Entonces cambió la escena. En lugar del silencio tranquilo y religioso de la campiña, el murmullo de la ciudad parecia levantarse al rededor de ellos como los mugidos del Vesubio la víspera de una erupcion. No son ya precipicios cubiertos de alpinos y de castaños, son edificios elegantes y llenos de prestigio, frisas, columnas, jardines y bosques suspendidos, y altares y capillas; campanarios, urnas brillantes por todas partes, hasta que llegando á la noble calle de Toledo, la escena magnífica se encontró reemplazada por palacios sin número.

Despues de haberla atravesado en toda su longitud, los dos Rosas se encaminaron hácia la *Civita Vecchia*. Muy en breve el pórtico de la congregacion *Somesca* apareció, el corazon del jóven Salvador se oprimió, las lágrimas corrieron de sus ojos; los vuelve hacia su padre:

—Todavia en prision? le dijo.

—Otros mejores que tu lo habitan y no le dan ese nombre, hijo mio, le contestó el padre con agrado.

—Oh! padre mio, no me dejarás aqui para siempre, no es verdad? replicó el niño tomando la mano del anciano.

—Tu destino es pasar aqui tu vida, hijo mio.

—Hágase tu gusto, mas habia aqui sin embargo cierta cosa, dijo tocándose con el dedo en la frente.

—Entonces, hijo mio, comprenderás nuestras razones: no siendo rico, solo la vida religiosa puede convenir á tu carácter.

—Hay otra, padre mio.

—Sobre todo no hablemos de tus sueños, replicó con prontitud Antonio, que no podia concebir separada la miseria de las artes, teniendo siempre á su cuñado por ejemplo; pero escucha Salvadorcillo, añadió con mas dulzura, trabaja, sé devoto, dócil, sumiso; reflexiona en la vida santa y apacible de los claustreros, en la paz que en ellos se disfruta y serás dichoso.

En esto habian llegado. Antonio llamó, un religioso vino á abrir, y el señor Rosa, habiéndose despedido dos veces de su hijo, y viendo que no se movia de su puesto ni entraba en el laboratorio asi como el religioso que le invitaba, le tocó ligeramente el hombro:

—En qué piensas pues? le dijo.

—En una inmensa pérdida que he hecho viniendo hácia acá.

—Dinero? se apresuró á preguntar Antonio; la moneda de plata que te ha dado tu madre?

—Mil veces mas, padre mio.

—Y qué pues?

—Es inútil decírtelo respondió seriamente Salvador, Estrella ó Peruetta pueden solas repararlo.

—Dios mio, qué aturdido soy!

—El señor Rosa entra? preguntó el religioso lego á Antonio.

—No, tengo un negocio urgente, y ademas ayer ví al padre prior que espera á mi hijo. Vamos, Salvadorcillo, ánimo, ven á abrazarme, y sigue al hermano.

—Bendícidme, á lo menos padre mio, dijo Salvador vertiendo lágrimas y echándose en los brazos de su padre.

Este le bendijo, le besó dos ó tres veces en la frente, y entregándole en manos del hermano lego, se alejó prontamente del convento.

Salvadorcillo sintió despedazársele el corazon al oir las verjas de lo que él llamaba su prision, que se cerraban luego que entró.

Aun todavía se decia siguiendo al hermano lego á donde estaba el prior, si no los hubiera olvidado, que de lugar tendria aqui! añadió mirando las paredes blancas y desnudas de los corredores de las celdas.

Cerca de la tarde, el hermano portero vino á buscarle para decirle que preguntaban por él en el locutorio; fué corriendo allá y se encontró con sus hermanas.

—Que piensas que te traigo? le dijo Peruetta riendo.

—Mi caja de lápices, respondió.

Lo has adivinado, respondió la jóven presentándosela por entre las verjas.

—Eres el modelo de las hermanas, Peruetta, dijo Salvadorcillo saltando de alegría.

—Estrella es la primera que advirtió tu olvido.

—Y Peruetta la que ha tenido la ocurrencia de traerla, dijo Estrella.

—Oh! Sois muy buenas hermanas, exclamó Salvador besando alternativamente su caja de lápices y las manos de las jóvenes. Ahora estoy cierto de no aburrirme entre los padres Somescas. Figúrate Peruetta que las paredes tienen aqui una dimension extraordinaria.

—Acuérdate del convento de Borgo Renella, dijo Peruetta sonriéndose.

—Bah! el castigo cambiará tal vez de forma, hermana mia; y ademas todos los padres no son anti-artistas como los de Renella; fuera de que yo no tocaré á las paredes de la iglesia.

—Crees acaso que te permitirán tampoco tiznar las otras?

—Que poco artista eres tu tambien Peruetta! *tiznar* llamas! *tiznar*? á los paisajes mas bellos, las pinturas mas deliciosas! Es como si dijeres que Anníbal Carracio y el Dominiquin hacian mamarrachos absolutamente lo mismo.

—Sea así, hermano mio, hemos venido, dijo Estrella, para verte y no para disputar. Todo lo que tengo que encargarte, es que á fuerza de querer embellecer las paredes del convento, no venga á parar en que te echen de él.

—Eso es á fé mia lo mejor que puede sucederme.

—Si. Y entonces qué va á ser de tí, pobre niño?

—No te has de casar pronto con Francanzani?

—Lo espero al menos.

—Le pedirás á tu marido que me reciba en el número de sus discípulos.

—Y mi padre, mi madre, Salvadorcillo?

—Si tengo tu casa abierta, hermana mia, con el tiempo mi padre vendrá á perdonarme.

—Mi casa, hermano, será siempre la tuya.

—Entonces cástate pronto Estrella, para que yo me haga despedir pronto de aqui.

—Veo que nos podemos retirar, respondió Estrella, te dejamos con buenas disposiciones.

—Te lo aseguro, tengo un magnífico asunto en la cabeza.

—Las paredes no estarán mañana tan blancas como hoy, observó Peruetta.

—Adios hermano.

—Adios hermana; cástate pronto

—Y tu no te hagas depedir de aqui antes.

—No, sino en el día convenido.

La campana que tocaba á vísperas, hizo separar el hermano de las dos hermanas.

Qué quereis, que os diga mas, niños mios?

Salvadorcillo cumplió su palabra: tiznó tanto y tan bien las paredes del convento, no respetando siquiera las que estaban próximas á la celda del prior, ni las que bajaban á la iglesia ni aun las de la iglesia algunas veces, que los padres Somescas vinieron al fin á echarle de la congregacion.

Estrella cumplió tambien su palabra; estaba entonces casada con el pintor Francanzani, Salvadorcillo se dirigió á su casa, y en el taller de su hermano político empezó sus estudios.

Salvador Rosa llegó á ser uno de los pintores mas famosos de su tiempo, y de los de mas ingenio; compuso ciento noventa cuadros, y murió en 1673 á la edad de 58 años despues de haber compuesto mas obras clásicas, que años tenia. Os he contado esta historia, bien persuadido de que no sereis como esos niños que no teniendo mas pasion que la pereza, dicen sin cesar, yo tengo mi vocacion, unas veces por la pintura, otras por la arquitectura, otras por la música, mañana por la literatura. Todo el mundo sabe hoy que un gran genio, que un gran artista no está dispensado de los primeros estudios, que forman parte de toda buena educacion; asi es que Salvador Rosa, conociendo despues lo que la pasion á su arte le habia hecho perder en su infancia, vió bien que no se podia llegar á la perfeccion en las artes sin haber hecho un profundo estudio de las antiguas obras maestras, trabajado en los autores y completando sus estudios á los veinte años. Es menester precaverse mucho de confundir el capricho con la vocacion, porque la vocacion descubre siempre una gran capacidad, que se manifiesta en los estudios de la edad primera.

JUEGOS DE LOS NIÑOS.



LOS CORROS.

En el trascurso de seis meses que semanalmente os hablamos, amables niños, hemos tratado de los principales juegos de la infancia, hemos jugado con vosotros al barquillero, al toro, á la gallinita ciega, al escondite, al salto, os hemos explicado el columpio, el mecanismo de la cometa y de la linterna mágica, hemos hablado, hermosas niñas, de las muñecas, del volante, del salto de la cuerda, y del milano, hoy vamos á entrar con vosotros, amables niños, y hermosas niñas en vuestrosorros, juego el mas general, el mas popular, el que ocupa el primer lugar entre todos vuestros juegos.—Cuántas veces nos hemos parado al veros jugar, á escuchar vuestrosorros, á contemplar el acento de felicidad con que entonais esas canciones, que siempre se oyen con placer, que son el recuerdo de una época de la vida venturosa, antiguas porque las cantaban vuestros padres, nuevas porque nuevos y jóvenes son vuestros labios!!

No se ha de buscar en las palabras de esos cantos populares el número, medida y consonancia. Su origen, se pierde muchas veces en la obscuridad de los tiempos, y cada generacion de niños ha ido corrompiendo mas el sentido de las frases; mas la música nos ha quedado, y los ancianos oyen todavia con placer esos cantos, que han alegrado sus primeros pasos en la vida.

En todos esosorros, hay una representacion, una accion, un pequeño drama que escita el interés de los actores; he ahí porque no se deja nunca de acudir al llamamiento de un corro. Todos los chicos toman su puesto, y admiten con alegria el papel que se les distribuye, y que al cabo siempre es el mismo.

Es de advertir que el desenlace de estas escenitas cantadas es siempre un abrazo. Qué de sencillas y puras simpatías han nacido de estos juegos! Despues de diez años de casados, los esposos se recuerdan muchas veces que su primera entrevista trae su fecha de los corros.

Digamos primero lo que es el corro, *Ya no iremos á la Selva*. Es una de las mas antiguas tradiciones que se conocen. El número de danzantes es ilimitado. Se forma el gran corro y se canta:

Ya no iremos á la selva,
Los laureles han cortado;
Esa dama que se esconde,
Los laureles se ha llevado.

El director del corro, ó cantor, toma por la mano á uno de los danzantes ó danzarinas, y lo hace entrar en el corro, ó rueda, que se cierra de nuevo y se continúa:

Entrad en la danza,
Ved como se danza.
Danzad y bailad.
Bailad y danzad
Que luego al amigo
Os toca abrazar.

El que ó la que está en medio del corro abraza á quien mejor le parece, toma su puesto, entona á su vez la copla, hace entrar al danzarin ó danzarina, que está á su derecha; y el juego continúa mientras todos los danzarines no han entrado, cada uno en su turno, dentro del corro.

Los corros y las danzas son las solas diversiones de los aldeanos, y por eso todos los temas de esos cantos sencillos están tomados de las ocupaciones y placeres del campo.

Otra antigua ronda, que gusta todavia mucho es la de: *el otro dia plantando acederas mi pastor hallé*.

El corro; *Avena, avena* es menos conocido. Vedle aqui.

Avena, avena, avena;
Que Dios la dé buena!
Padre la sembraba,

El que canta hace como que siembra, y todos le imitan. Luego continúa:

Y asi descansaba,

El que canta se sienta en el suelo; todos hacen otro tanto. Despues responde el coro:

Avena, avena, avena, etc.

SEGUNDA COPLA.

Madre la segaba,

El que canta hace como que se pone á segar; los demas le imitan y luego añade:

Y á padre abrazaba.

Todas las niñas abrazan á sus compañeras, y el coro repite
Avena, avena, avena etc.

Un coro de los mas alegres, y que todavia recuerdo, hijos mios, es el gran corro de las ranas. Hacia tanto ruido en nuestro tiempo que las verdaderas ranas se aturdian algunas veces, y mezclaban en sus paseos sus voces á las nuestras. Voy á transmitirlos este corro, con el cual terminábamos siempre nuestros juegos.

De tu imperio los primores
No me admiran Dios del mar,
Mas me agrada en la bodega
Mi buen vino trasegar.

¿Soy yo rana,	Sin cesar?
Que al viagero	Con su eterno,
Atormenta	Con su agudo,

CORO.

Cra! cra! cra! cra! cra! cra!
No soy rana, O fontanal,
Ni agua bebo Repitiendo
De laguna, Siempre en coro
Cra! cra! cra! cra! cra! cra!

SEGUNDA COPLA.

Hace el agua en los jardines
Las bellas flores brotar,
Y en los huertos dando vida
A cien hortalizas vá.

El cohombro,	Y á los puerros
La lechuga	Dulce el agua
Allí están;	Gusto dá,

CORO.

Cra! cra! cra! cra! cra! cra!
No soy rana, O fontanal,
Ni agua bebo Repitiendo
De laguna Siempre en coro.
Cra! cra! cra! cra! cra! cra!

No os he querido hablar de los corros de el *conde de Cabra*, y otros mas comunes, porque los sabeis ya y son mas generales.

FÁBULA. EL NIDO DE GOLONDRINAS.

Un niño á quien sus padres
Con gran mimo querian,
Cogió en un huerto un nido
De hermosas golondrinas.

Cinco habia en el nido
Mas todas pequeñitas,
Para volar al aire
Aun plumas no tenian.

Sed libres, dice el niño,
Que cuanto el mundo cria
En tierra, mar y cielo
La libertad anima.

Dijo, y al punto al aire
Soltó las golondrinas.
Los tiernos pajarillos
Que el aire hendir querian,

Hicieron un esfuerzo
Mas al suelo caían.....
Segunda vez lo intentan,
Mas su desgracia impia,

Al sueldo tristemente
Segunda vez derriba.
En el tercer esfuerzo
Pierden todos la vida,

Dos mueren rebentados,
El otro de hambre espira,
Y al otro un gato fiero
Aléve el diente hínca.

Y del nido no queda
Ni aun una golondrina
Dejad, niños al tiempo
Todo á su fin arriba.

No porvenir mas grande
Tiene el que mas se agita
Ni anda mas del camino
Quien mas se precipita.

Para volar las aves
El Dios del cielo cria.
No volarán sin plumas,
Las plumas son precisas!!

M.